

## I. IGUALDAD DE LOS HOMBRES Y LAS MUJERES

### INTRODUCCIÓN

La igualdad de los sexos que el título de este tratado propugna explícitamente, es una preocupación constante en la obra de Gournay desde sus inicios. De hecho, la idea básica del texto aparecía ya, en forma de un largo párrafo, en la primera edición del único relato de ficción que escribió Marie, *Le promenoir de Monsieur de Montaigne*, publicado en 1594.<sup>1</sup> Años más tarde, retiró del relato ese discurso embrionario para desarrollarlo por extenso, transformándolo en la *Igualdad de los hombres y las mujeres* que aquí presentamos.

El tratado se publicó por primera vez en 1622 como un cuaderno autónomo de veintidós páginas que posteriormente, en 1626, su autora incorporó a la primera compilación que ella misma realizó del conjunto de sus obras y lo mantuvo en todas las ediciones sucesivas.<sup>2</sup> Gournay mostró un interés especial por este texto, que intentó mejorar en cada una de las sucesivas ediciones en cuestiones de detalle, corrigiéndolo incluso con mayor tenacidad que el —ya muy notable— habitual esfuerzo de revisión que realizaba con todos sus trabajos.<sup>3</sup> Como otras autoras y autores de textos en defensa de las mujeres habían hecho antes que ella, se lo dedicó a la reina de su país, Ana de Austria (1601-1666), hija de Margarita de Austria y Felipe III de España y desde 1615 reina de Francia por su matrimonio

---

<sup>1</sup> GOURNAY, Marie de. *Oeuvres complètes*, édition critique par Jean-Claude Arnould, Évelyne Berriot, Claude Blum, Anna Lia Franchetti, Marie-Claire Thomine et Valerie Worth-Stylianou, vol. II, Paris, Honoré Champion, 2002, pp. 1288-1375.

<sup>2</sup> GOURNAY, Marie le Jars de. *Les avis ou les presens de la demoiselle de Gournay*, Paris, Toussaint du Bray, 1641, pp. 292-310. La edición crítica en GOURNAY. *Oeuvres complètes*, édition critique, vol. I, pp. 962-988.

<sup>3</sup> Así lo ha observado Richard Hillman, en GOURNAY, Marie le Jars de. *Apology for the woman writing and other works*, edited and translated by Richard Hillman and Colette Quesnel, general and section introductions by Richard Hillman, Chicago, The University of Chicago Press, 2002, p. 71.

con Luis XIII.<sup>4</sup> A ella dirige una carta que precede a la obra, instándola a defenderlo y confiando en que sea «una de las pruebas más sólidas del tratado que pongo a vuestros pies para defender la igualdad de los hombres y las mujeres».

El tratado constituye un discurso de razón en defensa de la igualdad y se sitúa explícitamente en el marco del debate de la Querrela de las Mujeres, muy vivo en la época. Se ha sugerido que Gournay lo escribió como respuesta al texto misógino de Alexis Troussel, *Alphabet de l'imperfection et malice des femmes*, de 1617,<sup>5</sup> aunque su compromiso con la cuestión excede al de la réplica circunstancial. Años después de publicarse por primera vez, la propia autora explicaba en el prólogo a la edición revisada de sus obras de 1634 (y que mantuvo también en la última de 1641), que pertenecía al género de textos que tratan del «honor y de la defensa de las mujeres». Un texto que abría una nueva vía en el debate sobre las mujeres de su tiempo, al introducir una idea innovadora que rehuía la contraposición polarizada de valoraciones: frente a quienes proclamaban la superioridad de ellas, Gournay manifestaba que «se contentaba con igualarlas a los hombres». En su defensa de esa igualdad, deja claro que su pretensión es poner al sexo femenino al mismo nivel que el masculino y de esa manera poder mostrar «el brillo y verificar los privilegios de las damas, oprimidas por la tiranía los hombres».<sup>6</sup>

Su texto busca intervenir en la Querrela utilizando de modo creativo recursos característicos de ese debate. Cuando se opone al desprecio que muestran algunos hombres hacia las mujeres, añade a continuación que no todos los hombres son soberbios ni vilipendian al sexo femenino: los que lo hacen son únicamente aquellos que buscan su vanagloria y eso debe consolar a las propias mujeres puesto que quienes les atacan no son todos ni son, tampoco, los mejores. Para su defensa de las mujeres confía en la palabra y busca el apoyo de la autoridad de hombres ilustres, profanos y santos. Utiliza a autores de la tradición clásica, de la exégesis cristiana y también autores y filósofos humanistas que tuvieron una impronta significativa en su época; a ellos apelará, así como a la autoridad del mismo Dios, interpretando sus palabras para afianzar su propio discurso. Al mismo tiempo, recurre también a una gran variedad de mujeres reconocidas

<sup>4</sup> Una documentada biografía en GRELL, Chantal, (dir). *Ana de Austria, infanta de España y reina de Francia*. Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2009.

<sup>5</sup> O'NEILL, Eileen. «Justifying the inclusion of women in our histories of philosophy. The case of Marie de Gournay», en Linda Martin Alcoff and Eva Feder Kittay (eds.), *The Blackwell Guide to Feminist Philosophy*, Oxford, Blackwell, 2006, pp. 17-42, espec. p. 22.

<sup>6</sup> GOURNAY. «Discours sur ce livre», en *Oeuvres complètes*, édition critique, vol. I, p. 563.

por haber destacado en multitud de facetas, presentando una genealogía de mujeres que, al haber mostrado de palabra o por escrito su sabiduría o evidenciado su excelencia en alguna acción, coloca a la misma altura que los hombres. Este recurso a los hechos pasados y presentes de las de su sexo es una estrategia clásica de las defensas de las mujeres en el marco de la Querrela. Pero más allá de enseñar su «brillo» y demostrar sus capacidades para la excelencia, haciendo visibles unos hechos y unas capacidades que se mantienen ocultas, Gournay busca argumentar que la autoridad, secular y religiosa, no debe ser exclusiva de los hombres ni estar basada en la debilitación y en la represión del sexo femenino. Y en esta misma estrategia argumentativa, enfrenta a los hombres con sus propias contradicciones cuando se refieren tanto a la conceptualización de los sexos como a las atribuciones que les asignan.

De hecho, en su razonamiento, en el que se entrelazan la teoría política, la filosofía natural, la moral laica y la historia sagrada, encadena una serie de ejemplos a partir de los cuales argumentará después contra la dominación de los hombres sobre las mujeres. Su desafío a la teología está cargado de ironía, situándose más allá de la ortodoxia católica posttridentina y escogiendo muy atentamente para su discurso la exégesis cristiana más favorable a las mujeres. Para Gournay, Dios no es masculino ni femenino: son los hombres quienes lo representan con su mismo sexo; en todo caso, añade a continuación, su encarnación en masculino vendría compensada por su concepción en un cuerpo de mujer.

Gournay selecciona elementos procedentes de las defensas de las mujeres anteriores para elaborar un discurso original. En su rechazo del carácter natural de la desigualdad (la naturaleza se opone tanto a la superioridad como a la inferioridad) y en defensa de los méritos y cualidades de las mujeres, antepone la fuerza magnánima a la fuerza bruta. Considera esta última propia de los animales y su utilización por parte de los hombres para obrar la sumisión de las mujeres, imponiendo la fuerza frente al discurso de razón, impide que exista una autoridad equilibrada entre los sexos.

Así pues, si ni la naturaleza ni Dios han declarado a los hombres más valiosos o superiores a las mujeres, las causas de la desigualdad habrá que buscarlas en otro lugar, razona la autora. Es la crianza que las mujeres reciben y la educación que se les niega, lo que les impide salir del confinamiento de la rueca y relacionarse con el mundo. Impedimento que ocurre con el consentimiento de los hombres; de aquellos hombres que desprecian a las mujeres, quienes se apoyan en una ficción secular para defender su pretendida superioridad y mantenerlas apartadas del saber, negando su dignidad y su inteligencia.

Es más, si es en el pensamiento secular clásico, en el religioso y en el ordenamiento político donde se asientan las costumbres que oprimen a las mujeres, es ahí donde hay que combatir la desigualdad, concluye la autora, después de haber desgranado argumentadamente sus razones y señalado sus contradicciones así como su carácter no universal. Ese es el caso de su cuestionamiento de la Ley Sálica, principio aparentemente fundador de la monarquía francesa, y del que ella resalta su historicidad y también su singularidad, así como la contradicción que supone prohibir a las mujeres gobernar cuando, de hecho, ejercen ese privilegio como regentas durante las minorías de edad de sus hijos.

En cuanto al método que Gournay exhibe en este tratado para expresar su pensamiento, cabe señalar que cuestiona las generalizaciones porque considera que bajo ellas desaparece lo particular, esto es, su estrategia se basa en argumentar haciendo distinciones. Concretamente, se opone a referirse en general al sexo femenino obviando la diversidad de las mujeres y sus situaciones concretas, las cuales, ciertamente, vienen determinadas por su crianza, su educación, su nacimiento y el país del que proceden. Asimismo, se distancia del dogmatismo: hace preguntas, plantea interrogantes y apela a la capacidad de pensar y de razonar de quienes leen. Hace uso de una gran libertad interpretativa de los textos, profanos y religiosos, mostrándose valiente y con frecuencia osada, utilizando razonamientos controvertidos y polémicos; igualmente, algunas críticas contemporáneas han señalado sus contradicciones y paradojas. En todo caso, su argumentación es rigurosa. Al lado de la razón sitúa la ironía y la pasión, pasión que se hace evidente cuando se refiere a cuestiones que le afectan directamente: a ella y al resto de sus congéneres.

*A la Reina,<sup>7</sup> presentándole la Igualdad de los hombres y las mujeres*

Señora,

Aquellos que decidieron dar un sol como divisa a vuestro difunto padre, el Rey, con el lema «No hay ocaso para mí», hicieron más de lo que se imaginaron porque al representar con ello su grandeza, que casi siempre y sin apenas interrupción veía al Astro Rey sobre alguna de sus tierras, hicieron hereditaria la divisa para Vuestra Majestad, presagiando vuestras virtudes, luz y felicidad de los pueblos. Es, digo yo, en Vuestra Majestad, Señora, donde la luz de las virtudes no verá el ocaso cuando el tiempo haya convertido su flor en fruto; y consecuentemente la felicidad de los franceses, que aquellas iluminan, tampoco verá el ocaso. Ahora bien, como estáis a la vez en el alba de vuestra edad y de vuestras virtudes, Señora, dignaos tener la valentía de llegar al zenit de estas al mismo tiempo en que llegareis al de vuestra edad. Me refiero al zenit de las virtudes que no pueden madurar más que cuando se dispone de tiempo libre y de cultura. Pues entre ellas las hay de lo más recomendable, como la religión, la caridad hacia los pobres, la castidad y el amor conyugal, que el noble instinto de la naturaleza y el nacimiento afortunado pueden por sí mismos inspirar y de las cuales Vos, también, habéis alcanzado el zenit desde vuestra aurora. Mas cierto es que hace falta coraje, un coraje que requiere un esfuerzo tan grande y tan poderoso como vuestra realeza, por grande y poderosa que ella sea, dado que los reyes se ven azotados por la desgracia que supone la peste infernal de los aduladores que se infiltran en los palacios y que hace que el acceso a la virtud y a su guía, la clarividencia, sea para ellos infinitamente más difícil que para sus inferiores.

No conozco más que una manera de haceros concebir la esperanza de conseguir al mismo tiempo esos dos zenits, el de la edad y el de las virtudes: que plazca a Vuestra Majestad entregarse intensamente a los buenos escritos sobre la prudencia y sobre las buenas costumbres, porque tan pronto como un príncipe eleva su espíritu mediante este ejercicio, los aduladores se ven menguados en su ingenio y ya no osan jugar con él. Además,

<sup>7</sup> Se trata de Ana de Austria, esposa del rey Luis XIII de Francia.

por lo común, los poderosos y los reyes no pueden recibir instrucción adecuada más que de los muertos, porque quienes rodean a los grandes están divididos en dos bandos: los locos y los malvados, es decir, los aduladores, que ni saben ni quieren hablarles bien y al oído; los sabios y la gente de bien, podrían y querrían hacerlo, pero no se atreven. Ciertamente, es en la virtud, Señora, donde las personas de vuestro rango deben buscar la verdadera grandeza y la corona de las coronas, pues como tales personas tienen el poder —aunque no el derecho— de violar las leyes y la equidad y al cometer este exceso, corren el mismo peligro que las demás pero se arriesgan a mayor vergüenza. Además, un gran rey nos enseña que toda la gloria de la hija del rey está en su interior.<sup>8</sup>

Mas, ¿cuál es entonces mi torpeza? Todos los demás abordan a sus príncipes y reyes, adorándolos y alabándolos; yo me atrevo a abordar a mi Reina, ¡predicando! Pero perdonad mi celo, Señora, pues ardo en deseo de poder oír a Francia aclamar el lema: «La luz no tiene ocaso para mí», allá por donde quiera que pase Vuestra Majestad, nuevo sol de las virtudes. Y deseo, además, conseguir de Vos —y así lo espero por vuestros dignos inicios— una de las pruebas más sólidas del tratado que pongo a vuestros pies para defender la igualdad de los hombres y las mujeres. Y no será solamente a causa de la grandeza única —adquirida por vuestra cuna y por vuestro matrimonio— por la que serviréis de espejo al sexo<sup>9</sup> y de sujeto de emulación para los hombres, por toda la extensión del universo, si Vos misma os dignáis ascender al nivel del mérito y de la perfección que os propongo mediante la ayuda de esos grandes libros: sino, sobre todo, Señora, porque tan pronto como hayáis tomado la resolución de brillar con ese precioso resplandor se verá que el sexo, en su totalidad, brilla en el esplendor de vuestros rayos.

Soy, de Vuestra Majestad,  
Señora,

muy humilde y muy obediente  
súbdita y servidora.

GOURNAY

<sup>8</sup> Alude al Salmo 45 (44), «Toda radiante entra la hija del rey». *La Biblia. Traducción interconfesional*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2008.

<sup>9</sup> *El sexo*, como locución que designaba al conjunto de las mujeres, se convirtió en una expresión común en Francia en el siglo XVII. Si bien la expresión se acuñó con anterioridad, su uso se generalizó en el marco de la «guerra de las palabras», cuya pretensión era suprimir determinados términos femeninos y reasignar funciones específicas a cada sexo, VIENNOT, Eliane. *La France, les femmes et le pouvoir. Les résistances de la société (XVII<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècle)*, vol. II, Paris, Perrin, 2008, p. 84.

### *Igualdad de los hombres y las mujeres*

La mayoría de quienes apoyan la causa de las mujeres, contraria a esa orgullosa preferencia que los hombres se atribuyen, les devuelve el pago con la misma moneda otorgándoles a ellas la preeminencia.<sup>10</sup> En cuanto a mí, que evito todos los extremos, me contento con igualarlas a los hombres, puesto que, a este respecto, la propia naturaleza se opone tanto a la superioridad como a la inferioridad. Mas, ¿qué estoy diciendo? Para algunas gentes no es suficiente la preeminencia del sexo masculino, sino que pretenden confinar a las mujeres a una reclusión, inevitable y necesaria, a la rueca; sí, a la rueca exclusivamente.<sup>11</sup> Sin embargo, lo que puede consolarles de semejante desprecio, es que este procede únicamente de aquellos hombres, si los hubiere, a los que las mujeres menos quisieran parecerse, dado que son personas dispuestas a dar verosimilitud a los reproches que se llegan a vomitar sobre el sexo femenino y que en el fondo de sus corazones saben que no tienen nada para aportarles más que el crédito de pertenecer al sexo masculino. Puesto que han oído proclamar a bombo y platillo por las calles que las mujeres carecen de dignidad, que carecen también de inteligencia,<sup>12</sup> e incluso de temperamento y de constitución física para llegar a tenerlo, su elocuencia triunfa al predicar estas máximas y, tanto más, por el hecho de que dignidad, inteligencia, constitución física y tem-

<sup>10</sup> Se refiere a los discursos que defendían la superioridad del sexo femenino, cuyo más influyente exponente fue la *Declamatio de nobilitate et praecellentia foeminei sexus* de Enrique Cornelio Agrippa (1529). AGRIPPA, Henricus Cornelius. *Declamation on the nobility and preeminence of the female sex*, translated and edited by Albert Rabil, Chicago, Chicago University Press, 1996.

<sup>11</sup> En el simbólico patriarcal, durante siglos la rueca representó la función doméstica y sus actividades, asignadas en exclusiva a las mujeres. Las autoras de los siglos XVI y XVII utilizaron la rueca como símbolo de una imposición que se oponía a su inquietud intelectual, como el soneto que en 1578 dedicó a su rueca Catherine des Roches, GOURNAY, Marie de. *Fragments d'un discours féminin, textes établis, présentés et commentés par Elyane Dezon-Jones*, Paris, Librairie José Corti, 1988, p. 76, y MATHIEU-CASTELLANI, Gisèle. «La quenouille ou la lyre: Marie de Gournay et la cause des femmes», *Journal of Medieval and Renaissance Studies*, 25, 3 (1995), pp. 447-462.

<sup>12</sup> La palabra que usa Gournay es *suffisance*, que indica capacidad para el juicio intelectual y moral. GOURNAY. *Apology for the woman writing and other works*, p. 75, nota 5.